



¿Puede Estados Unidos reescribir la geopolítica de Asia Central? el C5+1 de Trump. Por Uriel Araujo

Posted on Noviembre 8, 2025

La iniciativa C5+1 de Trump se centra en minerales críticos, la seguridad energética y una posición estratégica en el corazón de Eurasia. Sin embargo, los profundos lazos con Rusia y las inversiones chinas de décadas generan dudas sobre el alcance real de la influencia estadounidense en la región.

La cumbre C5+1 reunió a los líderes de Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán con el presidente Donald Trump. Este formato, creado en 2015, busca impulsar la cooperación entre Estados Unidos y Asia Central en materia de seguridad, comercio y conectividad. Se ha convertido en una plataforma mediante la cual Washington busca influir en una región tradicionalmente marcada por la presencia rusa y china.

El renovado impulso de Trump se centra principalmente en los minerales de tierras raras y la seguridad energética: el presidente estadounidense ha planteado repetidamente el acceso a recursos estratégicos como una prioridad nacional. Las reservas de metales de tierras raras de Asia Central, en particular las de Kazajistán y Uzbekistán, son fundamentales para este renovado interés. Estos minerales son la base de todo, desde teléfonos inteligentes hasta sistemas de armas avanzados. Actualmente, Pekín domina el sector, procesando el 90 % de las tierras raras del mundo, y recientemente restringió las exportaciones de

varios elementos críticos.

El objetivo, al menos en teoría, es diversificar las cadenas de suministro estadounidenses, sobre todo porque Washington sigue dependiendo de las importaciones de uranio ruso. Según los analistas del CSIS, Gracelin Baskaran y Kamal Aubakirov, Kazajistán por sí solo representa aproximadamente el 45 % de la producción mundial de uranio, mientras que Uzbekistán aporta cerca del 7 %. En conjunto, producen más de la mitad del uranio del planeta. Desde la perspectiva estadounidense, asegurar estos suministros reduciría la vulnerabilidad energética de Estados Unidos y respaldaría la renovada agenda nuclear de Trump. Todo suena bastante sencillo en una presentación de PowerPoint, pero el panorama geopolítico es mucho más complejo.

En 2023 escribí sobre cómo la política exterior de Washington se asemeja al vaivén de un péndulo, oscilando a menudo entre contrarrestar a Rusia o China, y más recientemente (bajo Biden) intentando confrontarlas simultáneamente. Sea como fuere, el contexto actual es aún más complejo. Estados Unidos sigue sobrecargado en Europa y Oriente Medio —a pesar de los esfuerzos por aliviar la carga de Ucrania—, mientras busca la confrontación en el Indo-Pacífico, y ahora pretende afianzar su presencia en el corazón de Eurasia. Se trata de una ambiciosa lista de objetivos, por decirlo de alguna manera, para una potencia que ha mostrado signos de fatiga estratégica.

En cualquier caso, el estilo de negociación de Trump se está poniendo a prueba en el extranjero. Pero la geopolítica no es el mercado inmobiliario. Como señala el investigador Stephen M. Bland, las naciones de Asia Central son cautelosas. Han presenciado ciclos de implicación estadounidense que se intensifican durante las crisis y se desvanecen una vez que la atención de Washington se desvía.

La periodista Yevgeniya Mikhailidi señala que China ha comprometido más de 120 mil millones de dólares en proyectos contratados en Asia Central, con 75 mil millones ya invertidos en energía, carreteras, logística y manufactura —66 mil millones solo en Kazajistán—, lo que le asegura una influencia de entre 25 y 40 años. Rusia, por su parte, sigue siendo el ecosistema operativo de la región, con una migración laboral, vínculos de seguridad y prácticas institucionales profundamente ligadas a Moscú. Estados Unidos contrarresta esta influencia arraigada ofreciendo acuerdos exploratorios en aviación, locomotoras y extracción de minerales. Adiós a la paridad.

La cruda realidad es que Estados Unidos llega tarde a la contienda. Washington podría tener dificultades para competir, pero lo mejor para Trump quizá sea simplemente mantenerse al margen. Asia Central no se posiciona. En pocas palabras, la geografía, el comercio y la historia de la región la vinculan tanto con Rusia como con China. No se trata de lealtad política, sino de una realidad geopolítica intrínseca.

Además, la conectividad sigue siendo un desafío para cualquier estrategia occidental en la región. Como subrayan Baskaran y Kamal Aubakirov, las rutas de la era soviética aún canalizan las exportaciones hacia

el norte a través de Rusia. La alternativa del Corredor Medio requiere 21 400 millones de dólares para ser viable, y la mayor parte de las mejoras se financian con capital chino o ruso. Los compromisos europeos se retrasan, lo que dificulta la diversificación occidental.

Además, Asia Central no es un vacío geopolítico que espera ser llenado. La región se interconecta con el sur de Asia, Oriente Medio, el Cáucaso y más allá. Es una zona donde confluyen conflictos por el agua, problemas fronterizos, tensiones étnicas y rivalidades entre grandes potencias.

Estados Unidos, sin embargo, aborda la región con una mentalidad binaria: o se alinea con Washington o corre el riesgo de ser clasificado como parte del bando opuesto. He sostenido con frecuencia que presionar a los países para que se decanten por un polo u otro resulta contraproducente en un mundo multipolar. Hoy, esto es aún más cierto. La multipolaridad se ha consolidado y Asia Central busca relaciones equilibradas, no clientelismo.

El desafío de Trump, una vez más, radica en que Washington ya está sobrecargado de trabajo en otros asuntos. El país sigue estancado en Oriente Medio, incapaz de decidir si quedarse o irse, como ya señalé a principios de año.

Estados Unidos desea reducir su presencia en la región, pero tampoco puede renunciar a sus redes petroleras y financieras ni a su relevancia geopolítica. Mantener bases sin una misión clara solo genera más tensiones. El mismo dilema se presenta en Europa, donde Estados Unidos está profundamente involucrado en un conflicto que sigue acaparando atención y recursos. No hace falta ser un estratega del Pentágono para comprender que añadir Asia Central como otro escenario estratégico no es tarea fácil.

En resumen, Washington corre el riesgo de prometer demasiado con el C5+1, buscando minerales raros, control de la cadena de suministro e influencia euroasiática, mientras lidia con crisis en Oriente Medio, Asia Oriental y Europa. Los estados de Asia Central ven con buenos ojos el interés estadounidense por la diversificación, pero exigen previsibilidad, algo que Washington rara vez ofrece. Sin consolidar cadenas de valor completas, desde la extracción hasta el refinado, la región seguirá dependiendo de socios pacientes y cercanos como China y Rusia.

Estados Unidos aspira a dominar el mar, la tierra y el orden mundial, pero su lista de objetivos para 2025 es abrumadoramente larga. El excepcionalismo atlántico puede ignorar los límites; la realidad no. A menos que Washington se comprometa con una integración económica seria, sostenida y a largo plazo —y no solo con una extracción transaccional—, esta cumbre será recordada como otro intento más de entrar en Asia Central con grandes promesas que no lograron alterar el equilibrio geopolítico.

Uriel Araujo, doctor en Antropología, es un científico social especializado en conflictos étnicos y religiosos, con una amplia trayectoria de investigación sobre dinámicas geopolíticas e interacciones culturales.



El Maipo/BRICS